

LA EXPECTACIÓN DE TARUN MISHRA

MARÍA SANZ CASARES

A mi hija María,

Por todas las conversaciones motivadoras que hemos disfrutado juntas.

A mi hijo Luis,

Cuyo positivismo y perenne sonrisa han estado presentes como telón de fondo en esta historia.

*De todos los lugares del alma que he visitado,
hay uno que me marca:
El cuarto de la desilusión.
(L. G. Carrillo Navas)*

I

Era inevitable que tarde o temprano Irene Vidal oyera hablar del gran Tarun Mishra. Que, además, leyera sus obras tan a fondo resultaba improbable. Que llegara a conocerlo personalmente y a trabar una estrecha relación de amistad y admiración mutua hubiera sido impensable para ella, pero sucedió. Obra del destino, o de ese algo invisible que mueve la sucesión de hilos que consiguen que las cosas sucedan, ya sea de un modo aparentemente lógico, irremediable o fortuito.

—¡Qué casualidad! ¡Quién me lo iba a decir! —le dijo a Daniel, su novio, tras el acontecimiento.

—Era de esperar. Es el resultado cuatro que se obtiene al sumar dos más dos —argumentó él en su línea analítica—. Era totalmente predecible que sucediera: has ido al sitio adecuado en el momento idóneo, o sea, que le has conocido porque los dos estabais en el mismo sitio y a la vez.

—Sigo pensando que ha sido cuestión de suerte.

—Los hechos hablan por sí mismos.

Suerte, lo que se dice suerte, era que Daniel fuera tan racionalista, y más cuando ella era tan imaginativa, según él, o quizá simplemente entusiasta.

—Con mi cabeza y la tuya podemos hacer una tarta perfecta —le dijo un día Irene, queriendo decir metafóricamente que, como a él le faltaba lo que a ella le sobraba y viceversa, se complementaban, y, en consecuencia, su noviazgo, y a la larga su vida juntos, transcurriría sobre ruedas compensando las debilidades de cada uno con las fortalezas del otro. La metáfora del pastel vino a cuento de que él era médico dietista, decía ella por simplificar; endocrinólogo, en realidad.

—Con tu genética y la mía —puntualizó él— a lo más que podemos aspirar es a hacer hijos perfectos.

—Serán geniales.

Daniel se rio. —Cielo, no me tomes tan en serio. Los hijos perfectos no existen.

—Tú lo eres. Lo dice tu madre.

—No te fíes. Las madres son muy parciales. Si no, escucha a mi padre y las pegas que me pone a todo. Siempre quiso que fuera ingeniero como él y creo que nunca superará la decepción. Así que, ya lo ves, todo es relativo. Nadie es perfecto.

—Para mí sí que lo eres.

—Acabarás desilusionándote. ¿Sabes lo que me preocupa de ti? El entusiasmo que pones en todo, y esto te ciega. Luego pasa lo que pasa, que, cuando descubres que las cosas no son como tú pensabas, te vienes abajo.

—Exageras. No me vengo abajo. Solo me desilusiono, como tú dices.

—Por si acaso, no te crees demasiadas expectativas.

Aparte de su novio, su nuevo motivo de entusiasmo, y en consecuencia de expectación, tenía nombre indio: Tarun Mishra, uno de los personajes más relevantes en el panorama cultural de su país, a quien había conocido durante las jornadas sobre cultura india que se celebraron en un apacible, aún veraniego, mes de

septiembre en Barcelona. Irene Vidal acababa de concluir su tesis sobre teatro británico en la década de 1990 y, académicamente hablando, se había bloqueado. El día que defendió con honores los resultados de su investigación supo que esa vía se había cerrado para ella. Como relató al tribunal durante la exposición de lo que supuso su laboriosa y preliminar recogida de datos, habían sido nueve los viajes de ida y vuelta a Londres y de Londres a diversas ciudades británicas, entre ellas Bristol o Edimburgo, para ver estrenos y reestrenos teatrales *in situ*, para entrevistar a algunos autores y directores y para recopilar bibliografía.

Después, con el título de doctora en su poder, sintió que necesitaba descansar, recapitular. Tenía treinta años y ninguna perspectiva, ningún proyecto definido que satisfacer a corto plazo, salvo el hecho inevitable de seguir engordando su currículum si quería obtener una plaza definitiva en la universidad. Con los cambios que se estaban llevando a cabo en el proceso de funcionariado del profesorado o, dicho de otro modo, de estabilización del personal docente e investigador, o PDI, como se había dado en llamar a esta figura del entramado universitario, ese futuro le resultaba una posibilidad tan a largo plazo que no veía la necesidad urgente de nada que no fuera desconectar de todo lo anterior. Quería buscar un nuevo horizonte, abrir, poco a poco, nuevos rumbos académicos que no implicaran tanto desgaste vital y económico. Al desasosegante ajetreo vivido había tenido que añadir el incómodo sacrificio de todos sus ahorros obtenidos de múltiples privaciones, de ir reservando peseta a peseta, primero, céntimo a céntimo después, una parte del exiguo salario (para ella «miserable») que recibía como profesora que aún no había alcanzado el magnífico nivel de funcionaria. La cuantía de algunas bolsas de viaje que le concedieron resultó absolutamente insuficiente para cubrir gastos y había llegado el momento de decir basta. Ya había sembrado lenta y pacientemente; ahora tocaba recoger frutos.

Sin embargo, su título de doctora le hizo sentir que había cerrado una etapa sin vuelta atrás. Todas las satisfacciones que le había producido esa costosa investigación habían sido de índole estrictamente personal; su entorno departamental y la propia institución a la que servía apenas le habían facilitado el camino. Sentía que su recién estrenado título resultaba ser tan solo una mera abreviatura precediendo su apellido en el rótulo de metal dorado adherido a la puerta de su despacho: Dra. Vidal.

En su inexperiencia, Irene se había imaginado que el título sería— la llave que abriría todas las puertas, si bien de una en una, y no le faltó tiempo para descubrir que la única puerta que de momento abría era la de ese cubículo de diez metros cuadrados que constituía su despacho.

Dra. Vidal.

A pesar del rótulo, del título, nadie se refería a ella como tal, salvo en contadas excepciones en que el protocolo exigía formalidad. Para sus compañeros seguía siendo simplemente Irene y para los alumnos «la Vidal», o bien «la de Inglés», incluso «la de Fines», como apococaban, por así decirlo, la asignatura de Inglés para Fines Específicos que impartía. Dado que se había figurado que el título de doctora le daba prestigio y que el prestigio abría nuevos caminos o facilitaba el paso por los mismos, tuvo que reconocer, con absoluta desilusión, los equívocos ocasionados por su inmensa ingenuidad.

La única asignatura específica y optativa sobre teatro británico que se encargaba de impartir se le escapó de las manos. Como volatilizada. No porque desapareciera, sino porque en esos momentos estaba en las manos de otro, Luis Ángel Palomero, el Palo, para los estudiantes, posiblemente sin simbología alguna, un

profesor para quien el teatro era texto sobre papel y terminaba en Oscar Wilde, cuya última obra (estrenada en 1895) era de obligada lectura para sus alumnos. El siglo XX era un vacío en su programa, por lo que Irene infería que debía de serlo también en sus conocimientos del tema. Dolida con él por haberse apropiado de su asignatura, un día lo abordó en la cafetería de Filosofía y Letras:

–Hola, Ángel.

–Hola, Irene. ¿Qué haces por aquí?

–Vengo a la biblioteca y te he visto entrar.

–¿Quieres un café?

–Sí, gracias. Con leche.

Él lo pidió.

–¿Y qué tal te va todo?

–No me puedo quejar –mintió, porque sí podía, y sí se quejaba–. Llevo tiempo queriendo hacerte una pregunta. He visto que cierras tu programa de «El teatro británico» con Oscar Wilde. ¿Por qué? –le entró a saco.

Luis Ángel se quedó estupefacto. No se esperaba nada por el estilo. Vaciló... –No sé. No me lo he planteado.

Irene atacó con una media sonrisa:

–¿Qué quieres decir con eso de que no te lo has planteado? Entiendo que tú has organizado una asignatura basándote en ciertos criterios, y tu criterio termina en Wilde. Eso es lo que me sorprendió. Que dejas fuera todo el teatro del siglo XX, incluido el anglo-irlandés, con lo fascinante que es.

–He querido ser realista. –Por un segundo Irene creyó que se iba a sincerar reconociendo que no tenía ni idea de qué iba eso del teatro británico del siglo XX. Pero la ilusión se desvaneció cuando él se explicó. – Sé que no voy a pasar de Oscar Wilde y no he querido inflar el programa con un temario que voy a dejar sin tocar.

–¡Qué pena!

–Sí, es una pena. Pero no da tiempo para más. –Irene vislumbró que esta vez el que mentía era el Palo, pero él trataba de mantener el tipo cuando continuó con sus aclaraciones–. Ya sabes, si alargas el programa y no lo terminas, no solo das la mala imagen de que no llegas adonde te propones, sino que, además, los alumnos te castigan en la evaluación contestando negativamente a la pregunta de si el profesor cumple los objetivos expuestos al principio de curso. Y te fastidian, sobre todo cuando sabes que los cabrones se alegran de los temas que no das y de los que no se tienen que examinar.

«Cabrones», dijo. Eso eran para el Palo sus alumnos de teatro. Si ella fuera una de ellos, ¿también sería una *cabrona* por haber elegido esa asignatura? Lo dejó estar, más que nada porque, afortunadamente, ella ya no era estudiante. No obstante, aunque ese argumento fuera un hecho, no la convenció como explicación de su decisión. Luis Ángel Palomero se salía por peteneras. Irene buscó otra vía para atraparlo:

–Bueno, al menos te vas a centrar en Oscar Wilde, que da mucho juego. He leído hace poco algo sorprendente, aunque tú quizá lo sepas... –Irene hizo una pausa para dar un sorbo a su café y crearle intriga. Empezaba a intuir que el Palo se estaba incomodando y ella disfrutaba con la situación–. He leído que *La*

importancia de llamarse Ernesto es el último ejemplo relevante en Europa de la tradición de comedias al estilo de *Menander*. Curioso, ¿verdad? Yo no me hubiera imaginado que Wilde fuera discípulo suyo, y, sin embargo, tiene tanto sentido...

Luis Ángel Palomero se quedó mudo, o bien a la expectativa de que ella terminara. ¿Qué sabía él de tradición teatral europea? ¿Qué de la influencia de Menandro? Irene, avispada a la par que traviesa, había optado por utilizar la nomenclatura inglesa, *Menander*, como una doble trampa. Estaba segura de que el Palo no sabía quién era, y, muy probablemente, ese nombre en su acepción inglesa le haría pensar que se trataba de un comediógrafo británico.

—¿De *Menander*? —repitió él desconcertado—. Tampoco lo sabía. De hecho, no he leído nada suyo.

Con actitud triunfal Irene tomó su taza de café y, lentamente, dio el último sorbo dejando que fuera él quien rompiera el silencio.

—Es más, no recuerdo quién es *Menander*, aunque me suena. ¿Es americano? —dijo al azar, como podía haber dicho irlandés o galés, por si sonaba la flauta por casualidad.

Había caído en la trampa.

—¿Americano? ¡No, es griego! El máximo exponente de la comedia nueva —otra trampa, pues ¿qué iba a saber el Palo de ese tema?

—Pues, no, no lo sabía —respondió con modestia.

—Como has mandado leer *La importancia de llamarse Ernesto*, te quedaría redondo si la situas en la línea de la nueva comedia griega.

En situaciones normales, un comentario como ese, viniendo de alguien que acaba de doctorarse y especializarse en teatro británico, debería ser bien recibido, pero era evidente que ella no se lo estaba poniendo fácil. Luis Ángel Palomero no necesitaba hacer uso de un sexto sentido para intuir que su joven colega, a quien hasta ese momento había apreciado, intentaba humillarlo. Irene ya no disimulaba; es más, a pesar de conservar su sonrisa (no por falsa menos atractiva), podría decirse que pretendía ser desagradable. Y lo consiguió, sin sutileza alguna, al seguir tensando esa cuerda con la que pretendía colgarlo simbólicamente. Porque también estaba segura de que el doctor Palomero iba a caer en la manida observación de considerar la comedia de Oscar Wilde como única heredera de la comedia de costumbres, el género más popular del Londres de la segunda mitad del siglo XVII, el periodo conocido como la Restauración.

—La enlazo, como es lógico, con la comedia de la Restauración.

Cazado. Solo quedaba rematarlo.

—Yo lo retrotraería a los orígenes, porque, si no, puede parecer que ese tipo de comedia la inventaron los franceses y que los ingleses se la copiaron.

«¿Y no fue así?», sugería la expresión de Palomero. Pero dijo de forma dogmática:

—Es precisamente eso lo que viene en los manuales que les recomiendo.

Intentaba poner fin a esa conversación, harto de sentirse acorralado, a pesar de la interesante lección que estaba recibiendo. En otro momento, quizá, hubiera sido bienvenida, pero no en ese, ni de esa manera.

—Sí, Ángel, pero los dos sabemos que eso es muy superficial —añadió ella, igualmente rotunda en su afirmación—. La comedia nueva se caracteriza por aspectos como la ambientación urbana, los temas cotidianos, la vivacidad de los diálogos y unos argumentos procedentes de la vida real sobre las típicas cuestiones de amoríos, conflictos generacionales entre padres e hijos, niños perdidos y hallados, y un final feliz con una o varias bodas.

—Ya —zanjó Palomero, con aire de fastidio.

—Por no hablar de la buena caracterización de personajes, en su mayoría arquetipos populares de vicios —continuó Irene impertérrita—, y del papel fundamental que desempeña el azar para la complicación y resolución de la intriga. Como ves —concluía con aire de absoluto dominio—, lo que parece el más puro estilo wildeano en su *Importancia de llamarse Ernesto* no es más que una adaptación de aquellos prototipos de Menandro.

—¿Menandro? ¿No era...? —Palomero se dio cuenta del gazapo—. Ya caigo —concluyó, golpeándose levemente la frente y simulando una sonrisa en señal de reconocimiento de un equívoco—. Lo de *Menander* me había despistado.

Irene fingió una sonrisa aún más amplia de «no me engañas».

—Como lo que leí estaba en inglés, se me fue el nombre. Pero a lo que iba —dijo mirando directamente a la cara de Palomero, que insistía en su pose de fastidio—: si te informas, reconocerás a Wilde en esencia y estilo. Menandro tiene aforismos tan intrínsecamente wildeanos que te encantarán, como que el carácter de un hombre se conoce por su conversación, o..., mejor aún, este otro: no es el pelo blanco lo que engendra sabiduría. Puro Wilde.

—Tendré que leer a Menandro —dijo Palomero en actitud de cortar el tema.

—Y lo más alucinante ha sido descubrir concomitancias entre esta farsa y la archifamosa tragedia *Edipo Rey* de Sófocles.

La expresión fija de él era la prueba de que no iba a responder. Que ese aspecto desconocido de Irene Vidal le resultaba odioso al doctor Palomero estaba fuera de toda duda. Nunca se lo hubiera imaginado en alguien que, hasta entonces, parecía tan frágil, tan tímida. No obstante, quiso escuchar su explicación.

—Ya sé que parece mentira que la madre de la tragedia griega sea a su vez progenitora de la más pura farsa británica. Pero lo es. Piensa, por ejemplo, en el tema de las falsas identidades que al final resultan no ser falsas o lo del bebé abandonado que, al final, por obra del destino, regresa a su verdadera familia. En su día estuve pensando en escribir sobre esta cuestión, pero, por el momento, me he limitado a tomar notas.

Lo que parecía mentira era lo que estaba sucediendo. Palomero ya no intentaba disimular su incomodidad. Irene lo notaba, pero era su pequeña venganza, ínfima comparada con la que, en su opinión, se merecía por apropiarse de lo que le pertenecía a ella. Irene disfrutaba poniéndolo en evidencia, aunque fuera en privado, y se resarcía de la frustración que había sentido el día que le quitó esa asignatura sin el menor miramiento. «Para que aprenda ese memo», parecía decirse.

—Tampoco estudiamos el teatro en profundidad —concluyó Palomero.

—¿Por qué no? Esa asignatura se ha implantado precisamente para eso, para profundizar en el teatro.

—Es una optativa —se defendió él, con tono y gesto de irritación.

Palomero dio un sorbo grande a su vaso de agua clausurando ese otro rumbo que tomaba el tema. Irene no lo iba a permitir tan fácilmente, contrariada por ese comentario.

—Perdona, Luis Ángel, que sea optativa no significa que no sea seria. Más bien al contrario. Los que se matriculan en ella lo hacen precisamente porque les interesa el tema.

—Ahí te equivocas. La eligen por muchas razones: porque les va bien ese horario, o por el profesor, o porque se da en español...

Irene no lo dejó terminar. Cuanto más decía, más la hacía enfadar ese ignorante canoso.

—O sea, que no la das en inglés —concluyó, acusadora—. ¡Pero si se da en cuarto!

Palomero se saltaba impunemente las normas. Un apartado de los estatutos del plan de estudios de Filología Inglesa especificaba claramente que todas las asignaturas de los cursos cuarto y quinto se debían impartir en inglés. El Palo no solo se había apropiado de su asignatura, la que ella estaba más capacitada para impartir, sino que, además, ese lerdo se saltaba las normas. No era el único que lo hacía, por supuesto, pero era una afrenta añadida. ¡Maldito Palo! Pero qué se podía esperar de él si era famoso por su incompetencia lingüística. De hecho, era de dominio público que hablaba un inglés «de Torrelodones», según los alumnos, siempre agudos y afilados como espadas en los apodos y calificativos que adjudicaban a los profesores. También lo dijo Menandro: la espada hiere el cuerpo, las palabras afiladas, la mente.

—Disculpa, Irene, pero tengo que irme. Podemos seguir con la conversación otro día que vengas por aquí —concluyó con gesto de urgencia.

—Cuando tú quieras.

No solo los alumnos parecían elegir la asignatura de teatro por adecuación horaria. El propio doctor Palomero se había hecho cargo de ella únicamente porque el horario en que se impartía le venía perfecto. No era una conjetura. Lo había dicho con total naturalidad, e impunidad, cuando se la arrebató. La cuestión fundamental para ella, la que no se atrevió a formular en alto mientras se repartían las asignaturas del curso próximo en su departamento, lo que se conoce como organización docente, fue qué sabía Luis Ángel de teatro. Podría reformularla en un abanico de preguntas, como ¿sabía algo de semiótica teatral? ¿Y de puesta en escena? ¿Qué de teatro del absurdo? ¿Qué del Teatro de la Abadía de Dublín? ¿Qué del teatro alternativo londinense? Y así un largo etcétera. Nada de esto se mencionaba en su programa. Ni siquiera tenían cabida en él Harold Pinter o Bernard Shaw, ambos dramaturgos premiados nada menos que con el Nobel de Literatura. No obstante, allí estaba Luis Ángel Palomero, el Palo para sus alumnos (y para ella), que nunca había pisado un escenario, ni traspasado el umbral de un teatro para ver una representación, impartiendo la asignatura que le pertenecía a ella por derecho propio. Como si hablar sobre teatro fuera enseñarlo. Para empezar, cuanto menos, al teatro se asiste. El teatro se interpreta, se ve, se escucha, se siente, se vive, se comparte. El teatro en tanto experiencia colectiva era exactamente lo que Irene había vivido, sentido, aprendido y compartido durante muchos años. Ella sí estaba preparada para enseñarlo. Ella sí.

Años y años empapándose de teatro y, sin embargo, la joven doctora iba de una facultad a otra enseñando Inglés para Fines Específicos, utilizando textos de economía, mercado, científicos, legales, de medicina o de informática extraídos de libros como *Market Leader* o *Technical English* o *English in Medicine*. El *Business and Legal Terminology* se había convertido en su manual de cabecera. ¡Cómo odiaba toda esa

palabrería técnica! ¿Qué sabía ella de empréstitos de consolidación, de endoso completo o condicional, de plusvalías, de capitalización de impuestos, qué de saldo acreedor o corriente? Y allí estaba en su aula hablando, explicando, traduciendo, escribiendo cartas ficticias y con una fraseología que nunca, en su vida real, escribiría: «Le rogamos liquiden su factura lo antes posible»: «*We ask for prompt settlement of the invoice*». «Lamentamos la demora en la expedición de las mercancías debido a...», «*We regret the delay in the dispatch of the goods due to...*». Insoportable.

Su proceso de maduración profesional se inició cuando aceptó que la enseñanza ya no era una vocación, sino una transacción: su tiempo a cambio de un sueldo. «¡Bienvenida al mundo de la experiencia!», se dijo la última vez que se reunió el profesorado de su departamento para distribuir la docencia del nuevo curso y ella, ya doctora, se vio privada de su asignatura favorita por otro doctor más antiguo que ocupaba un peldaño superior en el escalafón. Así que tomó la firme decisión de no dar a la universidad ni un minuto de su vida personal que no llevara aneja una retribución de cualquier tipo. Estaba absolutamente frustrada y decidida.

No es de extrañar, pues, que se matriculara en un congreso sobre cultura india en Barcelona por pura evasión.

—Si lo que quieres son unas vacaciones, un poco de descanso y desconectar, ¿por qué simplemente no te vas unos días a Barcelona de vacaciones? —le dijo Daniel.

—Porque nunca se sabe lo que va a pasar en un congreso, a quién vas a conocer, si lo que vas a aprender es importante para tu vida académica. Nunca se sabe.

Finales de septiembre le resultaba, además, la época perfecta, con las actas cerradas y sin clase. Por el hecho de pagar el asequible importe de la matrícula obtenía la ventaja de importantes descuentos en el hotel y el restaurante contratado por la organización, la posibilidad de asistir de forma gratuita a una representación teatral y un papel más para su *curriculum vitae*. Las ponencias anunciadas le importaban poco a simple vista. O nada, si se quiere exactitud. Allí se fue con la sana intención de asistir solo a las conferencias interesantes y, cómo no, a las comidas y actos culturales programados dentro y fuera del recinto universitario. Se lo había ganado. A pulso. Y, después de todo, lo pagaba ella.